

El mandamiento cero

Fernando Torre, msps.

Para vivir bien, para relacionarnos adecuadamente con Dios y con los demás, Dios nos dio los diez mandamientos por medio de Moisés (Ex 20). Son normas concretas. En repetidas ocasiones, Jesús hace referencia a esos mandamientos (Mt 5,20; Mc 10,19...), y habla de un primer mandamiento, «amar a Dios», y un segundo: «amar al prójimo» (Mc 12,29-31).

Esto podría darnos la impresión de que el cristianismo es sólo una moral, y que lo importante es lo que nosotros hacemos: cumplir los mandamientos.

Pero *antes* del primer mandamiento, hay una realidad de la que depende todo lo demás. San Juan, en su primera carta, nos dijo: «Dios es amor» (1Jn 4,8). Y luego añade dos ideas fundamentales: 1ª Dios nos amó primero (v. 10) y 2ª nosotros somos capaces de amar porque Dios nos amó (v. 19).

¡Dios nos ama! Esta es la buena noticia que Jesús de Nazaret vino a traernos. ¡Dios nos ama! Esta es la realidad que está antes de todos los mandamientos; esto es lo primero, en importancia y en el tiempo.

El mandamiento cero, entonces, es: *percibe* el amor que Dios te tiene, *acoge* ese amor, *crea* que Dios te ama, *disfruta* el amor de Dios, *agradécele* a Dios su amor. Y luego, entonces sí, todo lo demás: amar a Dios y al prójimo, no robar, no matar, no mentir... perdonar, orar, servir, obedecer, tomar la cruz...

Pero, por la dispersión y superficialidad con que vivimos, por nuestros ruidos interiores y las heridas del corazón, frecuentemente somos incapaces de percibir ese amor, de acogerlo y disfrutarlo.

Sólo el Espíritu Santo puede darnos la capacidad de dejarnos amar por Dios; sólo un encuentro vivo con Jesucristo podrá llevarnos a experimentar el amor fuerte y tierno de Dios.

Si acogemos el amor de Dios, podremos amar a Dios y al prójimo y tendremos fuerzas para todo lo demás.